



VENEZUELA: HAY QUE VENCER DEMOCRÁTICAMENTE A UN SISTEMA NO DEMOCRÁTICO

Julio Andrés Borges, **presidente de Primero Justicia**



© CMR- PUERTO RICO

Estatua de Colón derribada en Caracas, Venezuela, el 12 de octubre de 2004

Los diez años de Gobierno de Hugo Chávez han significado un grave retroceso en la vida social de los venezolanos. Venezuela se ha convertido en uno de los países con mayor índice de criminalidad del mundo. El poder judicial ha resultado seriamente contaminado por el poder ejecutivo. La economía ha sido intervenida y dañada a pesar de la riqueza en petróleo del país. Las libertades ciudadanas y democráticas han resultado alteradas y recortadas en beneficio del poder omnímodo de Chávez y de su movimiento bolivariano. Los grupos de oposición han sido amenazados, boicoteados o expulsados de la escena pública y política. Lo mismo ha ocurrido con los medios de comunicación disidentes. Venezuela cuenta hoy con un régimen arbitrario que debe ser vencido democráticamente.

La anomia como estrategia

Se han cumplido diez años de la auto-bautizada revolución en Venezuela. Una vez más, la historia nos demuestra que la palabra revolución ha sido las más prostituida y la más usada como bandera política de quienes han pretendido encarnar, como mesías, la representación de un pueblo.

Venezuela no vive una revolución, sino una orgía petrolera sazónada por el mesianismo y la exacerbación de lo que nos divide como pueblo y no de los que nos une como nación.

Los diez años de Gobierno de Hugo Chávez han promovido, por acción y por omisión, una deliberada impunidad en todos los ámbitos de la vida social y de los Derechos Humanos, con el propósito de instaurar una verdadera ley de la selva y de lograr dominar desde el poder todos los hilos de la sociedad venezolana.

La promoción deliberada de la impunidad es quizá uno de los rasgos distintivos del Gobierno de Chávez respecto a los Gobiernos de corte militarista que nos pueda mostrar la historia. Por lo general, en estos Gobiernos militares, sean de izquierda o de derecha, parte de su política es apretar con mucha fuerza las tuercas de la ley, la sanción y la lucha contra el crimen, como una extensión más de la fuerza

que ostenta en otros ámbitos tales como la presión política. En pocas palabras, por lo general, este tipo de Gobiernos concentran y ejercen el monopolio de la violencia social.

Por el contrario, en el caso de Venezuela, la política de promoción de la impunidad y la anomia ha sido un catalizador para una intensa decadencia social, creación de mafias de poder y corrupción y, adicionalmente, un contagio total de las instituciones sociales, legales y militares. Sobre este país corrompido por el petro-Estado gobierna Chávez como el rey de la selva de la impunidad.

Lo más paradójico es que, hace diez años, la promesa básica de Chávez y de su Gobierno era desarrollar una nueva Constitución precisamente para vencer la injusticia y la impunidad en Venezuela. En sus primeros artículos, la Constitución proclama la construcción de un Estado de Derecho y de Justicia. Sin embargo, una de las primeras medidas adoptadas fue la intervención total del Poder Judicial por parte de una Comisión Política que comenzó a destituir jueces por docenas. Los jueces, en la mayoría de los casos, se enteraron por los medios de comunicación de estas medidas.

En poco tiempo se purgó la mayoría del Poder Judicial, con la sustitución de los jueces destituidos por jueces cuyo

“Venezuela no vive una revolución, sino una orgía petrolera sazónada por el mesianismo y la exacerbación de lo que nos divide como pueblo y no de los que nos une como nación”

“El 90% de los jueces de Venezuela eran provisionales y fueron nombrados a dedo, sin ninguna formalidad ni concurso, según la OEA”

único mérito fuera la lealtad política al régimen. No es casual que en el acto protocolar de apertura judicial, la mayoría de los jueces, vestidos de toga y en el auditorio del Tribunal Supremo de Justicia comenzaran a corear: “¡Uhh, ahhh, Chávez no se va!”, la consigna de los seguidores del presidente.

Así las cosas, hace cuatro años la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA, presentó un informe en el cual se señalaba que el 90% de los jueces de Venezuela eran provisionales y fueron nombrados a dedo, sin ninguna formalidad ni concurso.

Frente a esta realidad, el Gobierno venezolano comenzó a hacer titulares

a algunos jueces y bajó la cifra de jueces provisionales a la mitad. Este trabajo de titularizar a los jueces nunca significó un proceso de credenciales o concurso para desarrollar una carrera judicial, simplemente se trataba de un papel, una formalidad, una hoja de parra.

De acuerdo con los principios internacionales, incluso los jueces provisionales deben gozar de una estabilidad que les permita ejercer su cargo con libertad de conciencia; este principio fue demolido por el propio Tribunal Supremo de Justicia, quien, a través de una sentencia, dijo que los jueces provisionales son de libre nombramiento y remoción, como si fueran empleados de confianza.



Además de este grave problema de la intervención política del poder judicial, las puertas de la justicia se han hecho realmente pequeñas para los ciudadanos. El número de jueces en el país en proporción a la población ha ido decreciendo dramáticamente. En este momento, Venezuela cuenta con seis jueces por cada 100.000 habitantes, una de las proporciones más bajas de todo el hemisferio (países como Argentina, Brasil, Costa Rica o Colombia superan ampliamente, o incluso duplican, esta proporción).

El drama de los jueces se repite en el ámbito de los fiscales del Ministerio

Público, quienes ejercen el monopolio de la acción penal en Venezuela. La propia fiscal general, de clara afiliación política e hija del ex presidente del Partido Comunista de Venezuela, ha admitido la precariedad en el número de fiscales. Venezuela cuenta con menos de dos fiscales por cada 100.000 habitantes. Sólo en el área de Derechos Humanos se calcula que el déficit de fiscales es cercano a 500.

En esta faceta puede verse también con claridad la política deliberada de impunidad. Venezuela se ha convertido en uno de los países más violentos del mundo. El número anual de asesinatos ya supera los 13.000 y ha venido creciendo de manera acelerada. Al inicio del Gobierno de Chávez el número de asesinatos era la cuarta parte.

Junto a esta cifra brutal de asesinatos, que ya supera los 100.000 en diez años de Gobierno de Chávez, han aparecido en Venezuela nuevas formas de violencia, hasta ahora vistas como algo lejano y convertidas hoy en habituales y generalizadas: el secuestro se ha convertido en algo tan cotidiano como la salida del sol, así como el sicariato, el lavado de dinero proveniente de las drogas y su paso de Colombia a Europa a través de Venezuela.

Diversos estudios indican que más de la mitad de la cocaína de Colombia

transita por Venezuela (unas 300 toneladas al año), por lo que el paso de estas sustancias se ha multiplicado por diez. Ahora bien, la gravedad no termina ahí. Es un secreto a voces la complicidad de personas ligadas a instituciones judiciales y militares con el crimen organizado, siendo famoso el llamado cartel de los Soles en el Oriente de Venezuela, en alusión a los soles de las charreteras militares. Por otra parte, es un hecho notorio el asesinato por parte de sicarios de periodistas que se han atrevido a investigar y a denunciar este tipo de complicidades.

De más está decir el efecto del paso de la droga por Venezuela en términos de lavado de dinero, destrucción, aniquilación de la juventud e inoculación de una cultura de la violencia que está carcomiendo la sociedad entera, en un



“El paso de la droga por Venezuela en términos de lavado de dinero, destrucción, aniquilación de la juventud e inoculación de una cultura de la violencia, está carcomiendo la sociedad entera”

“En Venezuela se dice que no hay buenos o malos Gobiernos, sino Gobiernos con el precio del petróleo alto y Gobiernos con precio del petróleo bajo”

marco de impunidad promovida por el propio Gobierno venezolano.

La foto del embudo de impunidad es así: en Venezuela se denuncian al año cerca de un millón de delitos, de ese millón de denuncias sólo las más graves se investigan por parte del fiscal, quien tiene en su escritorio un promedio de 5.000 expedientes, cuando es poco probable que se puedan investigar más de 50 expedientes al año y desarrollar el juicio; esto es una muestra de la impunidad que hay en el país: sólo hay un caso castigado de cada cien delitos denunciados.

Existe una minusvalía total del ciudadano venezolano frente al Estado. En un reciente estudio hecho por Antonio Canova, profesor de la UCAB, se revisaron las sentencias de la Sala Política Administrativa del Tribunal Supremo de Justicia. De 139 sentencias interlocutorias solamente una fue a favor de un ciudadano (se trataba de una multa de menos de 200 dólares); posteriormente, esta interlocutoria a favor de un ciudadano fue anulada por la Sala Constitucional. En materia de sentencias firmes el panorama fue más claro: de 222 sentencias, ninguna fue a favor del ciudadano y todas fueron a favor del Estado.

Siguiendo esta línea de ideologización de la justicia, se han sucedido varios eventos de negación de los

Derechos Humanos, ante los cuales, desde el punto de vista formal, la Sala Constitucional del Tribunal Supremo de Justicia declaró en diciembre de 2008 en una sentencia que los fallos de la Corte Interamericana de los Derechos Humanos no son ejecutables en Venezuela y, además, le solicitó al presidente de la República denunciar la Convención Americana sobre Derechos Humanos.

El único antecedente que se conoce en el sistema interamericano son las decisiones de la época de la dictadura de Fujimori, cuando el Consejo de Justicia Militar decidió la no ejecución de algunas sentencias de la Corte Interamericana y Fujimori pretendió salirse del sistema de Derechos Humanos.

Este triste y difícil retrato de los Derechos Humanos de Venezuela apenas es un bosquejo de lo que sucede en cualquier ámbito de la sociedad, sea que los sindicatos reclamen sus derechos, o los empresarios hagan valer la seguridad jurídica o los derechos de propiedad o los movimientos políticos queramos hacer valer un juego limpio y democrático, la consecuencia es la misma: un demoledor cabezazo contra el muro de la anomia y la impunidad del Gobierno.

Esta desprotección generalizada de los ciudadanos en cualquier ámbito de



la vida social, no sólo ha destruido la convivencia democrática en Venezuela, sino que también somete y condena a todos los venezolanos a desgastarse perennemente y a tener que sobrevivir sin dignidad frente al hampa, la corrupción, el abuso del Estado, la arbitrariedad de las instituciones y las mafias generadas por el petro-Estado. El caso de la nacionalización de la filial del Banco de Santander puede ser un ejemplo de esta arbitrariedad. Sobre esas ruinas políticas Chávez sigue prometiendo una revolución que nunca llegará.

Ahora toca contestar, ¿cuál es la tarea de quienes somos la oposición o la alternativa en Venezuela?

La dimensión del desafío

En Venezuela se dice que no hay buenos o malos Gobiernos, sino Gobier-

nos con el precio del petróleo alto y Gobiernos con precio del petróleo bajo.

Cuando Chávez llegó al poder, el precio del petróleo rondaba los 8 dólares el barril. El año pasado batimos récord al alcanzar un precio que rondaba los 150 dólares el barril. De manera que, un petróleo caro, sumado al liderazgo mesiánico, ha permitido a Chávez hacerse con las instituciones en Venezuela conservando incluso la lealtad de una apreciable base social, la cual él sazona con transferencias discrecionales de petróleo y un discurso de revancha permanente y confrontación.

A ese Goliat de pies de barro nos toca enfrentarnos, y lo hemos hecho con una frase que quise utilizar como título de estas líneas para subrayar una de las contradicciones más relevantes de quienes vivimos en Venezuela: “vencer democráticamente a un régimen no democrático”.

¿Qué significa esto en la práctica?

- 1. Que nuestro discurso y acción política debe tener como meta construir una nueva mayoría en Venezuela basada en la esperanza de un país mejor, unido y con igualdad ante la ley.**

Uno de los errores que se ha cometido esta década es personali-

“Nuestro reto es sacar a Chávez no del palacio de Gobierno, sino del corazón de la gente que lo ve como una esperanza”

“Chávez ganó como reacción a un sistema democrático que no pudo regenerarse y que fue devorado por la corrupción y la ausencia de liderazgo renovador”

zar todo en contra de Chávez. Él mismo ha buscado que sea así. Él ha querido ser el marcador y divisor de todos los ámbitos de la sociedad. Frente a esto, nuestro reto es sacar a Chávez no del palacio de Gobierno, sino del corazón de la gente que lo ve como una esperanza.

2. Presentar un liderazgo renovador que asegure a los venezolanos que vamos hacia el futuro y no de retroceso hacia el pasado.

Chávez ganó como reacción a un sistema democrático que no pudo regenerarse y que fue devorado por la corrupción y la ausencia de liderazgo renovador. Frente a esta realidad, nuestro reto es presentar los rostros de quienes representamos una nueva generación de líderes políticos, estudiantiles, intelectuales y sociales para lograr un relevo generacional que la democracia anterior a Chávez no cumplió.

3. Lograr que venza la verdad sobre la mentira.

Muchos hablan de las cualidades de Chávez como comunicador y como líder. Más que esos rasgos, su característica más destacada es su falta de pudor para mentir descaradamente y, apoyándose en la mentira, lograr vender la esperanza de

que nos encaminamos a una Venezuela de más oportunidades y progreso popular, cuando en realidad vamos a un país en el que el pueblo cada día podrá escoger menos, hasta en los temas más cotidianos, y cada vez más pobre y dependiente del petróleo. En este sentido, nuestro reto es desmontar la mentira de que Venezuela vive un socialismo democrático: vivimos en un capitalismo de Estado, en el que el Gobierno central es dueño de tierras, petróleo, empresas, comunicaciones e instituciones, y hasta pretende llegar a la conciencia de cada venezolano.

4. Ofrecer una propuesta de futuro clara de la oposición.

Uno de los mayores retos a los que nos enfrentamos es el de presentar una propuesta de futuro clara a todos los venezolanos. Este plan de vuelo pasa por temas muy concretos como la confianza en poder lograr una plataforma unitaria de cara a las elecciones locales de concejales, las elecciones nacionales del Parlamento y la elección presidencial. De manera que, consolidar una alianza amplia, tipo concertación chilena, puede ser clave para que el país sienta con certeza que la construcción de una nueva mayoría es sólida, cohesionada y comprometida con el país.

“A pesar de las dificultades, estamos en el camino correcto; pronto, al triunfar democráticamente sobre un régimen no democrático, lograremos pasar, de una vez y para siempre, del siglo XIX al siglo XXI”

5. Llevar una promesa básica que enamore a los venezolanos.

En la medida que los venezolanos comiencen a sentir en carne propia que lo que hemos vivido en estos diez años ha sido más una orgía petrolera que una revolución, comenzarán a prestar atención a otras formas de hacer las cosas, a otro tipo de soluciones, a sueños distintos, a esperanzas más sacrificadas pero más solidas; que apunten a la construcción de un país moderno por encima de una Venezuela populista. Para lograrlo, hay que reconstruir “el ABC democrático”: separación de poderes, Gobierno civil, sociedad abierta, igualdad frente a la ley y respeto sagrado a los Derechos Humanos.



Los resultados del último referéndum del 15 de febrero, en el que la oposición quedó apenas a 6 puntos de la mayoría, a pesar de todo el ventajismo, el triunfo de nuestros gobernadores y alcaldes, la unidad de los partidos, el emerger del liderazgo estudiantil, la obligación del Gobierno de tener que gobernar por primera vez en diez años debido a que se le ha va-

ciado la cartera, sumado a la persistencia del pueblo venezolano y su historia de libertad, me hacen confiar en que, a pesar de las dificultades, estamos en el camino correcto; y que pronto, al triunfar democráticamente sobre un régimen no democrático, lograremos pasar, de una vez y para siempre, del siglo XIX al siglo XXI.